



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9782

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIERCOLES 13 DE JUNIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 4, y J. Jones, Fairbairn Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola

arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL. —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

MULEY-HASSAN.

Por el interés que tiene en los momentos actuales trasladamos á nuestras columnas el siguiente artículo que ha publicado *La Epoca*, con motivo de la muerte del Sultán de Marruecos.

Dice así:

«Quiero recordar—decía en una de sus cartas nuestro correspondiente en la Embajata del general Martínez Campos D. Rodrigo Soriano—aque! gesto burlón y grave á la vez del Sultán de Marruecos cuando escuchaba el discurso oriental de nuestro embajador.

Habían cesado las músicas, dulzinas y gritos del pueblo. En la inmensa plaza del *Meswar* agrupábase la multitud silenciosa alrededor del ídolo. Este, montado en un soberbio caballo blanco, aparejado de violácea seda, envuelto en la sombra morada que derramaba el simbólico paraguas rojo, inclinado como una gran amapola sobre la imperial cabeza, apareciendo ante su pueblo cual Pontífice, Sultán, santo, estatua ó ídolo á un tiempo, adorado de todos, había de sufrir, humillándose, las imposiciones de un embajador, que, seguido de poco numeroso séquito, de un pañado de españoles indefensos, venia á exigirle dinero y satisfacciones.

A una voz del Sultán, su pueblo se abubiera arrojado sobre la comitiva es-

pañola, para despedazarla. Más hubo de mantenerse tieso sobre su caballo, fingir una majestad que sólo estaba en su traje y en sus ademanes, sufrir resignado aquella artística, y por demás admirable pícota de sedas, gasas y dorados. Y disimulando sus mal reprimidos impetus, respondió al general con frases tan corteses, tan enérgicas, tan decisivas, que el pueblo, mudo de asombro, se preguntaba si el que hablaba con voz de trueno, y era oído en toda la plaza, era el Sultán, y el que murmuraba tímido, femenil y cortesanamente era el embajador; si Martínez Campos era Muley Hassan, ó Muley-Hassan Martínez Campos. Cuando el Sultán volvió grupas, aquel admirable Carnaval de máscaras chillonas y tristes, desapareció bajo la puerta del Palacio, y desaparecieron, también por ella, los cuatro caballos de respeto, el coche verde, regalo de la Reina Victoria de Inglaterra, los dignatarios, los espantados, los músicos y el pueblo, que prorrumpió en salvaje vocerío.»

Fue la última vez que el Sultán se presentó en la Corte, y sus últimas palabras, las últimas también que dijo oficialmente ante su pueblo, y que confirmó al siguiente día en la conferencia que celebró con nuestro embajador.

«Presentóse en ella, todo vestido de blanco, envuelto en transparentes sedas, gentil y severo á un tiempo; saludó al embajador, y sentóse en un sofá de estilo francés Luis XV. Entonces el Papa verde, el Sultán de los Sultanes, cuyo melancólico y guerrero rostro de fina nariz, de escasa y lacia barba, de oscuro y ambarino color, cuyos ojos, apagados por la violácea huella de profundas ojeras, parecen simbolizar las tristezas del caído Imperio, y el general, soldado vencedor, todo nervios, ojos y voz, más joven cuando va siendo más viejo, contempláronse un momento.

Sentado el representante de España y tendido el triste Muley-Hassan en blandos cojines de terciopelo, empezó un diálogo tranquilo, ceremonioso, cortado al principio por la dormida voz del Sultán; pero pocos momentos después, arrancadas de pronto las máscaras con que la diplomacia disfraza sus invenciones, se oyeron en oculto camarín del Palacio, tapizado de paños de alegres colores, guarnecidos de moruna labor,

las palabras guerra, paz, equilibrio, castigo, alianza...

Estas mismas palabras se oirán en los actuales momentos en todos los Gabinetes de Europa. La muerte del Sultán es algo más que la muerte de un Soberano: es quizás la ruina de un Imperio, la caída del último puntal que sostenía ruinoso edificio.

Ninguno de los que fueron á Marruecos con la Embajada podían sospechar que cuando Muley-Hassan desapareció bajo la puerta verde del *Meswar*, desaparecería también de la escena política, y que sus últimas palabras de paz y amor á España eran como su testamento político también, que quiera Dios se realice.

Durante su permanencia en esa escena, triste y tormentosa ha sido la vida del Sultán.

Muley-Hassan tenía cincuenta y seis años, y según dice el Sr. Olivé en su libro *Marruecos*, padecía hace tiempo, ya fuera á consecuencia de un envenenamiento ó por sus excesos; lo cierto es que se han venido notando síntomas alarmantes para su salud.

Se sabía de qué naturaleza eran los ataques que padecía; algunos afirmaban ser ataques epilépticos; otros trataban de explicarlos con la palabra loco, dando así á entender que era monomaniaco; lo que parecía cierto es que el Sultán, en estos ataques, se ponía con frecuencia frenético, y así que desaparecían sumergíase en completo letargo, y el resto del día lo pasaba sumido en una especie de idiotéz y de flojedad que le hacia insensible á todo.

Durante el invierno, estos ataques le acometían con menos frecuencia.

En el Imperio tenía por cosa corriente que no llegaría á una avanzada edad.

Su sistema de vida, sus hábitos, sus pasiones, en fin, todo lo que respecta á su Corte, es muy poco conocido.

Varios escritores que de él se han ocupado, le pintan de tan horrible manera, que aparece colocado, en la categoría de un verdadero monstruo.

El alemán von Conning dice que Muley-Hassan era un tirano sanguinario fanático, convencido de su infalibilidad, que seguía sus inclinaciones sin ninguna consideración, y que las gentes que

le rodeaban trataban de confirmarle más en ellas.

En apoyo de esta opinión cita algunos detalles de la crueldad del Sultán.

En una pequeña construcción accesorio del Palacio imperial de Marruecos, que sólo se comunicaba con el mundo exterior por una estrecha abertura, á modo de aspillera, existen desde hace varios años—según von Conning—dos desgraciados, enterrados vivos, que reciben por único alimento un poco de pan y agua cada día.

Uno de ellos es el anciano kaid Muley-Hassan Cassin, jefe de una tribu en el camino de Mazagán á Marruecos, dueño de grandes dominios. Otro es Vould-Sirhal, hijo de otro rico kaid, á quien mientras vivió no se le molestó. El delito de ambos era el de tener riquezas.

El procedimiento empleado para condenarlos se redujo á llamarlos á Marruecos, encerrarlos en la torre y confiscar todos sus bienes.

«Pero para hacer mayor la monstruosidad—dice Conning—este padre de su pueblo ha hecho introducir las cadenas de los dos prisioneros por una abertura al pie del muro hasta sus habitaciones para cerciorarse de tiempo en tiempo, por medio de fuertes sruendidas de la citada cadena, si viven aun sus victimas.»

«El caracter del Sultán—dice un escritor español—es el de la mayor depravación. Lejos de procurar la paz entre sus súbditos, lo que procura y desea es que se subleven, pero aisladamente, con el objeto de caer sobre la tribu ó tribus insurreccionadas y saciar en ellas, una vez vencidas, su sed insaciable de dinero y de sangre.

Por lo que toca á su grandeza de alma, bastará decir que en una de sus expediciones llevaba un cuerpo de honor de 200 ginetes voluntarios, equipados hasta con lujo, y al terminar la jornada, llamados estos á la casa de Gobierno, cuando esperaban la recompensa á sus servicios, fueron cargados de cadenas y su Soberano les exigió 80.000 duros, en concepto de rescate.

Respecto á sus condiciones intelectuales, baste decir que carece en absoluto de instrucción, y que los excesos y la enfermedad que padece han estropeado su cerebro.

Tal es el retrato, moral de Muley-

Hassan, que pintan sus detractores y en el cual se ve la exageración con que están trazados algunos hechos de su vida.

Mas estas leyendas, que así deben titularse, no pueden resistir una crítica seria. Cierta es que, cuando en 1863 sucedió en el Trono á Sidi-Manomed, y al dirigirse á Féz, donde debía ser consagrado sobre el sepulcro de los Edvisitas, estalló en el camino una sublevación, su primera medida de gobierno consistió en ordenar que se cortasen 100 cabezas, con lo que desde aquel instante se afianzó en el Imperio.

Mas no menos cierto es tambien que cuantos le conocian intimamente considerábanle como hombre afable, dulce, serio y cariñoso con sus parientes y favoritos.

La política de Marruecos, como la de la Edad media en Europa ó la de Florencia y Roma durante el Renacimiento, exige procedimientos de gobierno que nos parecen bárbaros; mas están en las costumbres de aquel país. Muley-Hassan no ha hecho mas que otros Sultanes: y si bien ha dado muchas veces la taza de té á gobernadores que le eran infieles, ó se le sublevaban ó esquilaban á sus súbditos, y aun cuando en las guerras ha cortado muchas cabezas, en cambio no ha manchado con crímenes su mano ni firmado sentencias de muerte injustas.

Muley-Hassan sería un salvaje el día en que se descubriera que los europeos hacen la guerra con confites y almendras y que la guillotina y la horca son dulces entretenimientos. En cuanto á su incultura, si no era un sabio ni leía periódicos poseía en cambio conocimientos extensos de las leyes del Koran, era gran maestro en magia y fascinación, y hablaba el árabe delicado, galante y cortés como pudiera hablar el refinado parisién el mismísimo Dandín.

Su vida ha estado consagrada siempre á la guerra, pues acaso no haya transcurrido un solo año sin que tuviera que ahogar en sangre una insurrección de cualquier kabila.

Ultimamente, cuando surgieron los sucesos de Melilla, se hallaba en Taflette, adonde ningún otro Sultán llegó nunca.

Era muy serio, muy trabajador y de-

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 47

bes, se desprendía la lluvia, y la sombra tendía en los horizontes su manto de tinieblas.

—¿Qué quieres, hermano mío? dijeron á un mismo tiempo Rajatulah y Nurulwal.

—Cerca de aquí, contestó el árabe, sobre la cumbre del llano, dominando á Bertat, hay un fuerte castillo. Soldados guardan sus murallas, y mi mano no puede abrir sus puertas de hierro. En ese castillo mora la mujer de mi amor y yo quiero llegar hasta ella. Precédeme, hermana mía, y alúmbrame; llévame, hermano mío, hasta su diván, arrástrame en tus alas, y luego yo volaré contigo si te place durante la eternidad.

Rajatulah rugió furioso; tendióse hasta tocar la tierra, se deslizó sutil bajo las plantas del árabe, y le levantó en una larga y rápida espiral, como las hojas secas que eleva en remolino el viento del invierno.

Precediales Nurulwal.

Instantáneamente se hallaron á la altura de la cumbre de una montaña. Sobre ella, perdido en la sombra, se veía un torreón altísimo, asentado sobre un estenso recinto de torres y murallas. En la parte mas alta de aquel torreón, á través de una ventana se veía brillar un resplandor opaco.

—¡Allí dijo el árabe, señalando la ventana iluminada. Precédeme, hermana mía allí duerme la mujer de mi amor.

46 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

civos sueños, un collar de diamantes y záfiro unido á un cingulo de oro que sostenía en torno del talle mas hermoso que creó Allah, una túnica larguísima de tela de plata y seda tachonada de rubies y amatistas.

Aquella túnica, entre cuyas mangas perdidas y una nube de gasas aparecían los brazos de la hada, rodeados de ajoreos de oro, era flotante, anchísima, luminosa como la mirada de los ojos de Dios.

Y aquel cuerpo deslumbrante con su blancura y con su luz; ténue y pavoroso como una sombra, hermoso como una ilusión, indeciso como una esperanza, aterrador á veces como un amago de muerte, fascinador otras, como una aparición de amores, envolvió por un momento al árabe en su túnica impalpable como el viento, sonora como el hielo, y sus labios rozaron suavemente sus labios en un largo y suspirante beso.

Todo su ser despedía vibrantes y vivísimos resplandores; el larguísimo extremo de su túnica, recogida á veces entre las potentes alas del huracán, retronaba poderosa haciendo temblar la tierra sobre sus ejes; entonces el cuerpo de la hada se estremecía en un temblor convulsivo, sus ojos arrojaban una llama lívida, y el rayo partía de su mirada.

Y sobre todo esto rugía la tromba, volaban las nu-

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 43

seno formas extrañas en que la vista del árabe fingía escuadrones de incubos y vampiros.

Al fin su voz entonó un canto misterioso.

—Yo soy Yadi-kadir (Yadi-l'Kadir, *mano del fuerte*), la tierra que piso se estremece bajo la sangrienta huella de mi corcel de guerra, y cada una de mis saetas es un rayo de muerte.

«Mi hermano es Rajatulah (Rabhatul-lah, *aliento de Dios*), y mi hermana Nurulwal (Nurul-Ahwal, *luz de la tempestad*).

«El es pujante y bravo; su larga cabellera conmueve las rocas al pasar sobre ellas, y el mar se estremece aterrado al escuchar su grito de combate.

«El rey en su alcázar y el árabe en su tienda, se hielan de terror al escucharle, y le saludan los cedros y las palmeras doblegándose á su paso.

«Su voz es la voz del desierto, y sus alas abarcan la inmensidad.

«Mi hermana, es pálida como el amor, fugitiva como la felicidad, terrible como la mirada del guerrero que levanta el brazo para herir.

«Su manto es de plata y diamante, y su cabellera negra como el ébano.

«Cuando ella aparece entre docelas de su trono de nubes y mira al mundo, el mundo palidece, porque ella es el espíritu del rayo.